

Entrevista a Carlo Emilio Piazzini, Subdirector Científico del Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Wilhelm Londoño*

Presentación

En mi vinculación a la Universidad del Magdalena (2008) me vi enfrentado a una fuerte tensión, que desde un sentido poco fundamentado e informado, condenaba a la tácita vinculación de los estudios arqueológicos con los antropológicos. Pensando en ese panorama quise hacerle algunas preguntas sobre esa relación a Carlo Emilio Piazzini, Antropólogo egresado de la Universidad de Antioquia, ahora Subdirector del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, quien una vez caminando por las calles de la Candelaria en Bogotá me señaló algunos argumentos sobre esa relación que me parecen importante publicar en Jangwa Pana con el ánimo de ir alimentando esa discusión.

Jangwa Pana:/ Recientemente varias universidades en Colombia han generado nuevos pregrados en antropología. En algunos la política ha sido no generar investigaciones en arqueología. Evidentemente esto supone una ruptura con el paradigma anterior que algunos denominan “boasiano”. ¿Crees que esa ruptura es congruente con los nuevos paradigmas de la antropología? ¿Qué sentido le otorgas a ese cambio?

Carlo Emilio Piazzini:/ Pienso que el problema de la afiliación o independencia disciplinar entre arqueología y antropología no debe ser abordado en términos de la aplicación de un esquema epistemológico pre-establecido. Debe ser analizado en relación con el tipo de agendas académicas e investigativas que se aspira a poner en marcha o a formular en los programas curriculares. Y ese ejercicio debe tener en cuenta lo que ha sido la transformación de las relaciones de asimetría, tensión y/o acercamiento que diferentes campos de conocimiento han sostenido entre sí en lo que podríamos llamar la cartografía de los saberes de la modernidad.

Algunas claves surgen al considerar que a mediados del siglo XIX la naciente arqueología prehistórica británica y francesa ya había logrado efectuar una apropiación creativa y una articulación hasta entonces inexistente entre enunciados y técnicas provenientes de la geología, la geografía y la biología, antes

* Universidad del Magdalena.

de comenzar a hacer parte de la agenda de las antropologías evolucionistas y difusionistas de finales del siglo XIX. Por lo tanto, la historia de afiliación de la arqueología como parte de estas y otras tendencias posteriores, como el particularismo histórico y el funcionalismo, no debe conducir a creer que existe una condición epistemológica a priori de subordinación disciplinaria de la arqueología frente a la antropología. Por otra parte, no se deben olvidar las relaciones, problemáticas también, con la historia. La incorporación de la arqueología a la agenda de programas de investigación y formación en historia, sobre todo en algunos países europeos, tiene referentes muy tempranos. La llamada arqueología clásica (asiriología, egiptología y arqueología bíblica), aportó desde el siglo XVIII a la historia del arte y las civilizaciones.

Si se revisan brevemente algunos de los enunciados que periódicamente han querido definir las coordenadas epistemológicas de la arqueología, lo que se dibuja es un campo de tensiones: Daniel Wilson, quien acotó el término de prehistoria en el siglo XIX, creía que ésta se encontraba del lado de las ciencias naturales y no de las ciencias históricas; más tarde, Vere Gordon Childe consideraba que la arqueología hacía parte de la historia como ciencia. Casi al mismo tiempo, Willey y Phillips declaraban que “la arqueología americana es antropología o no es nada”, afirmación que Lewis Binford compartiría luego, acompañándola de una crítica rotunda a la historia; finalmente, David Clarke sostenía enfáticamente que “la arqueología es arqueología es arqueología”. Nada indica entonces que exista un suelo firme sobre el cual se pueda edificar un esquema de pertenencia de la arqueología a la antropología, a la historia, e incluso, para plantear la arqueología como una disciplina independiente.

En Colombia la idea de la arqueología como parte de la antropología se nos ofrece como algo natural, en la medida en que ha predominado un esquema según el cual la antropología física, la lingüística, la antropología social y la arqueología son subdisciplinas de una antropología total, primero como parte del proyecto de una “Ciencia del Hombre” a la Paul Rivet, y luego, de una antropología de corte histórico-cultural asimilable al modelo norteamericano. Y si se revisa la obra de los pioneros de la antropología colombiana llama la atención el hecho de que muchos de ellos hicieron investigaciones paralelas en varias de estas subdisciplinas, mientras que la obra paradigmática de Gerardo Reichel-Dolmatoff encarna lo que podría ser una tal antropología total. Incluso, los programas clásicos de antropología fundados en las décadas de 1960 y 1970, (Universidad de Los Andes, Universidad Nacional, Universidad del Cauca y Universidad de Antioquia), siguen hoy ofreciendo formación en esas subdisciplinas.

Pero más allá de la formalidad de este esquema, cabe preguntarse por la fortaleza actual del vínculo académico e investigativo entre antropología y arqueología. Mi experiencia como estudiante, docente e investigador es que, por lo menos desde finales de la década de 1980, el esquema de una antropología total ya no funciona como antes: comienza a operarse una fisura entre antropología social y arqueología, que hoy se hace visible cuando buena parte de los estudiantes, desde semestres tempranos de su formación, opta por uno u otro camino, como si se tratara de prácticas y discursos excluyentes. Es posible que

este alejamiento tenga que ver con el hecho de que, mientras la antropología social transitó desde la década de 1970 hacia un discurso reflexivo, abiertamente político y un enfoque no exclusivamente centrado en la cuestión indígena (antropologías campesinas y urbanas), la arqueología mantuvo hasta hace poco tiempo un tono descriptivo y neutral, aplicado casi exclusivamente a las sociedades indígenas precolombinas. Cabe anotar que la llamada arqueología social latinoamericana, con producciones importantes en México y Perú, no pasó en Colombia de algunas expresiones de simpatía.

Sin embargo, desde finales de la década de 1990, comienza a generarse una arqueología reflexiva y crítica que gradualmente ha preparado el terreno para que hoy haya una serie de problemáticas de interés, que confluyen con aquellas de los antropólogos sociales. Pero eso no es todo: me parece que problemáticas tales como el papel de la cultura material y los paisajes en la formación y sustentación de ideologías, los procesos de formación de sistemas políticos jerarquizados e inequitativos, las relaciones históricas (no necesariamente armónicas y sistémicas) entre los grupos sociales y el ambiente, la transformación de las tecnologías (incluidas las del poder) en los periodos coloniales y republicanos, indican que la arqueología en Colombia y los países latinoamericanos puede igualmente optar por establecer diálogos críticos y productivos con otros pensamientos contemporáneos, llámense éstos sociología, geografía, historia, ciencia política, estudios culturales, estudios de la ciencia y la tecnología, entre otros.

Reconociendo pues que la relación de afiliación entre antropología y arqueología no es una cuestión transhistórica y universal, y que hoy en día la arqueología está en capacidad de establecer relaciones bajo un esquema de simetría epistemológica con la antropología, pero también con otros saberes, cabe pensar que cualquier afiliación futura entre arqueología y antropología, debe hacerse en términos de una articulación coherente y explícita en términos de la identificación de problemáticas de conocimiento que requieren del concurso de ambos saberes para ser respondidas o complejizadas.

JP:/ En varias conferencias y revistas has planteado una reconceptualización de dos categorías o imperativos, para usar a Kant, categóricos; hablamos de tiempo y espacio. ¿Podríamos decir que tú, como antropólogo, encuentras improductivo pensar bajo la categoría tradicional de cultura y pensar mejor en términos de tiempo y espacio? ¿Qué te ha llevado a pensar bajo eso dos términos? ¿Cuál es la relación de esa reflexión con el presente en términos de políticas culturales?

CEP:/ No. Creo que la categoría de cultura no es antagónica o excluyente frente las de espacio y tiempo, que dicho sea de paso, no concibo como categorías *a priori*. La pregunta por espacio y tiempo como producciones sociales la he planteado genuinamente desde el campo de la arqueología. En medio de sentimientos encontrados entre la pasión por el ejercicio de la investigación arqueológica y la percepción de una cierta impertinencia del discurso arqueológico frente a los debates del pensamiento social contemporáneo, indagué acerca del potencial de la arqueología para aportar a dichos debates. Me parecía entonces que en medio de aquellos protocolos extenuantes de registro “in situ” de artefactos y huellas en

el paisaje, y de su análisis dispendioso en laboratorio en busca de claves interpretativas, debía haber alguna razón de fondo, cuál, no lo sabía, para elaborar discursos menos impertinentes. Luego, a través de un ejercicio de deconstrucción del concepto de prehistoria, creo haber encontrado que la arqueología se debe finalmente a la cuestión de las materialidades y las espacialidades¹.

Una lectura crítica de los dos enunciados que componen el concepto de prehistoria, aquel de una anterioridad remota en el tiempo, y aquel de un estadio social signado por el analfabetismo, vistos en el contexto de emergencia de la arqueología europea del siglo XIX, quieren decir: afuera del tiempo histórico y afuera del espíritu (la escritura). Esos afueras, esas exterioridades del proyecto histórico, cronocentrado y logocéntrico de Occidente, son justamente el espacio y las materialidades. Ahora bien, esta forma de delimitar el campo de acción de la arqueología corresponde a una tensión que trasciende los ámbitos disciplinares de la arqueología y la historia: aquella entre ciencias naturales y sociales, por una parte, y entre concepciones del espacio y el tiempo, de otra. Lugar en el cual se han desatado y mantenido numerosos debates entre ciencia y no ciencia, y entre enfoques sincrónicos y diacrónicos. De tal modo que al indagar por un problema que era en principio disciplinar, me encontré en una de las encrucijadas más importantes en la conformación de los saberes de la modernidad.

Pero ¿a qué se debe el lugar generalmente secundario o subordinado de la arqueología frente a otros saberes como la historia y la antropología? La respuesta está precisamente en que el pensamiento moderno se edificó sobre la base de una larga sedimentación de relaciones asimétricas entre tiempo y espacio, entre espíritu y materia, siendo los dos primeros términos de cada tensión hegemónicos frente a los segundos. Ello es claro, de forma sintomática, en Hegel y su *Filosofía de la Historia*: la conciencia del tiempo, de la historia, conforma el espíritu de los individuos y de los pueblos; por el contrario, el espacio y la materia son un afuera de sí, una exterioridad y un olvido².

El tratamiento tradicional de las categorías de tiempo en la historia y de cultura en la antropología, es heredero de esas relaciones asimétricas, siendo que el espacio y la materia requerían incondicionalmente de la historia y de la cultura para adquirir sentido social. De lo contrario, se trataba de una geografía física y natural y de unas materialidades sujetas al cálculo de la física y la biología. Piénsese ahora en la categoría “cultura material” que ha hecho carrera para definir el objeto inmediato de estudio de la arqueología: porta consigo esa tensión irresoluta entre espíritu y materia, siendo que las materialidades sirven

1 -Piazzini, Emilio (2008) “Prehistoria: Formación y Consecuencias de un concepto negativo”. En: *International Journal of South American Archaeology* 3: 15-27. IJSA. ISSN 2011-0626. Disponible en: <http://www.ijsa.syllabapress.com/issues/articles/ijsa00016.pdf>.
____ (2008) “Arqueología entre historia y prehistoria” En: *El Giro Hermenéutico de las Ciencias Sociales y Humanas*. Oscar Almario y Miguel A. Ruíz eds. Universidad Nacional de Colombia, Medellín. Pp. 91-131
____ (2006) “Arqueología, Espacio y Tiempo: una mirada desde Latinoamérica”. En: *Arqueología Suramericana* 2 (1): 3-25

2 -Piazzini, Emilio (2006) “El tiempo situado: las temporalidades después del giro espacial”. En: *(Des)territorialidades y (No) lugares: procesos de configuración y transformación social del espacio*. Diego Herrera y Emilio Piazzini Eds. Editorial La Carreta, Medellín. Pp. 53-73. ISBN 958-978111-1-X.

únicamente como vehículo de expresión de la cultura, pero no participan activamente en esa relación. Igual sucede con aquel campo de estudio que ha dado en llamarse geografía histórica, en donde las espacialidades son fundamentalmente soportes pasivos que adquieren sentido histórico, solo en la medida en que son ordenados temporalmente.

Ahora bien, una vez restituida esa conexión fundamental entre la arqueología, el espacio y las materialidades, y de otra parte, establecida la forma asimétrica de primado del pensamiento sobre el tiempo y el espíritu sobre el pensamiento del espacio y las materialidades, el camino para hacer de la arqueología un saber disciplinariamente no subordinado y pertinente para aportar a los debates del pensamiento social contemporáneo, tenía que contar con una reelaboración crítica de todas las categorías en juego.

En primer lugar, encontré en los planteamientos recientes de las arqueologías interpretativas británicas (i.e. Ian Hodder, Michael Shanks, Charles Tilley, Victor Buchli) argumentos para re-calificar las materialidades, ya no como simple reflejo o expresión de la cultura, sino como agentes activos en la configuración de los procesos sociales. Pero valga anotar que en el análisis de esos discursos tuve que revisar críticamente la metáfora de la cultura material como texto (muy fuerte en Hodder), por cuanto constituía en última instancia un recurso a los dispositivos escriturarios para explicar aquello que por definición no se agota en los textos: las materialidades. Por mucho que se hable del texto como artefacto y del libro como cultura material (por ejemplo en la historia cultural al estilo de Roger Chartier), creo que persiste una diferencia fundamental entre la esfera de lo escrito y de lo no escrito. En todo caso, encontré que los planteamientos de estos arqueólogos británicos debían ser puestos en relación con líneas más amplias, no restringidas a la arqueología, como los estudios de la cultura material (Daniel Miller), la historia social de las cosas (Arjun Appadurai e Igor Kopytoff) y diversas perspectivas de los estudios de la ciencia y la técnica (Bruno Latour, John Law, Françoise Dagognet y Bernard Stiegler).

En segundo lugar, encontré todo un arsenal de argumentos producidos a partir de lo que podríamos llamar el “giro espacial” contemporáneo³. Este se refiere en lo fundamental a una re conceptualización del espacio como producción social, pero también como condición de posibilidad para las dinámicas sociales mismas, puesta en marcha desde muy diferentes campos que no se restringen a la geografía (Henri Lefebvre, Edward Soja, Milton Santos, José Luis Pardo, Michel de Certeau).

Entonces, comienza a hacerse visible toda una agenda de análisis crítico que considero muy productiva para hacer posible una arqueología no condenada a la tiranía de las formas tradicionales de pensar el tiempo (prehistórico, histórico y cronológico) y la cultura (normativa o trascendental), pero que se abre hacia otros ámbitos que incluyen preguntas sobre las relaciones entre la memoria, el

³ -Piazzini, Emilio (2004) “Los estudios socioespaciales: hacia una agenda de investigación transdisciplinaria”. En: *Revista Regiones* 2: 151-172. Medellín.

territorio y los patrimonios, en donde éstos últimos ya no son simples dispositivos mnemotécnicos⁴; las geografías del tiempo (que no geografías históricas) entendidas como las lógicas espaciales que subyacen y hacen posibles diferentes formas de percepción y concepción del tiempo (entre las cuales la historia es sólo una de ellas, al lado de la memoria, la planeación y la futurología); y finalmente, un tema en el cual me encuentro trabajando, que son las geografías del conocimiento: cómo las espacialidades afectan o intervienen los procesos de producción, distribución y consumo de conocimiento, incluyendo aquellas que, operando bajo ciertas lógicas geopolíticas, han opacado, minimizado, silenciado o infravalorado determinados campos de conocimiento y lugares de enunciación.

En síntesis, considero que para establecer una relación simétrica entre las categorías de espacio, tiempo, materia y cultura, es preciso avanzar primero en un análisis crítico de la forma en que en contextos geohistóricos específicos se han producido articulaciones entre ellas, siendo el campo de la arqueología sumamente poderoso y útil al respecto. Ahora bien, una vez restituida la importancia que tienen el espacio y las materialidades en los procesos y las dinámicas sociales, las categorías de tiempo y cultura no pueden permanecer incólumes.

JP:/ Ahora tú estás en la subdirección del Instituto Colombiano de Antropología e Historia. En el pasado fuiste Consejero, por arqueología, en el Consejo Nacional de Cultura. ¿Cómo ese paso te ha permitido observar qué pasa con la política cultural en Colombia en las últimas décadas? ¿Cuáles son los retos que consideras que los antropólogos y arqueólogos debemos afrontar de cara a una participación activa en las decisiones que el Estado toma en relación a nuestra disciplina y las comunidades locales?

CEP:/ La tarea principal del Consejo Nacional de Cultura en sus sesiones de 2000 y 2001, fue la de formular el Plan Nacional de Cultura a diez años. Este plan, su contenido y la forma en que fue elaborado, era una apuesta por interpretar las propuestas de los diferentes sectores culturales y regiones del país, acerca de las prioridades y estrategias necesarias para propiciar y apoyar las prácticas y procesos culturales proclives a la constitución de una ciudadanía democrática, no sólo desde el Estado, sino desde los sectores mismos y desde el país en general. Lo que quiero decir es que no se trataba de un plan que estableciera solamente parámetros y actuaciones de parte del Estado, sino que reconocía un papel activo a los actores sociales institucionalizados o no institucionalizados, que de una u otra forma hacían parte de la dinámica cultural del País. En ese sentido, los aportes que desde la SCAR se hicieron a la formulación del Plan estuvieron dirigidos hacia la visibilización e incorporación estratégica de temas “arqueológicos” dentro de las políticas culturales de los próximos años en el país, lo cual quedó plasmado con particular énfasis en lo que se denominó el campo de Creación y Memoria del Plan⁵.

4 -Piazzini, Emilio (2008) “Cronotopos, memorias y lugares: una mirada desde los patrimonios” En: Emilio Piazzini y Vladimir Montoya eds. *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. Editorial La Carreta-Instituto de Estudios Regionales, Medellín. Pp. 171-183. _____ (2006) “De las artes de la memoria a la geopolítica de la memoria”. En: *Escenarios de Reflexión. Las Ciencias Sociales y Humanas a debate*. Oscar Almario y Miguel A. Ruíz (Comps.). Universidad Nacional de Colombia, Medellín. Pp. 115-135.

5 Plan Nacional de Cultura 2001-2010. Hacia una ciudadanía democrática cultural. Ministerio de Cultura, Bogotá,

Creo que el aprendizaje fue entonces el de tomarle el pulso a las necesidades y propuestas culturales del país, y tratar de interpretarlas en medio de una dinámica muy activa de interlocución con otros sectores culturales y con el Ministerio de Cultura.

Hoy, a ocho años de promulgado el Plan Nacional de Cultura, habría que hacer una evaluación detenida de sus logros y dificultades, tarea que ha sido incluida en la agenda del actual Consejo Nacional de Cultura y en la cual desde el ICANH existe la intención de participar activamente. Por lo pronto, puedo decir que el fortalecimiento del sector de la arqueología en Colombia sigue siendo un tema pendiente. Por diferentes razones, entre las cuales pesa mucho la muy activa legislación sobre protección de patrimonio arqueológico (desde 1997 se han producido en Colombia dos leyes y dos decretos reglamentarios que desarrollan el tema arqueológico en detalle), en los últimos años lo arqueológico ha pasado de ser un tema especializado para convertirse en una problemática que involucra a muy diferentes actores: entes territoriales, autoridades ambientales y de planeación, sectores productivos, comunidades urbanas, campesinas y étnicas, profesionales en museología, gestión del patrimonio, el territorio, el ambiente y la planeación. Ello indica que el fortalecimiento del sector de arqueología no involucra sólo a los arqueólogos, aunque es preciso señalar que si cabe a éstos una gran responsabilidad en la tarea. Creo que fortalecer la Sociedad Colombiana de Arqueología, entendida no como una agremiación sino como un espacio para que expertos y no expertos pongan el tema de lo arqueológico, de manera bien informada en la agenda de lo público, es un reto importante en esa dirección.

JP:/ Para terminar, ¿podrías nombrarnos dos antropólogos colombianos que te hayan marcado en tu proceso de formación y las razones de ello? Asimismo, dentro del paisaje teórico actual, para usar una metáfora de Gustavo Politis, ¿cuál autor no nacional consideras relevante que los estudiantes lean y por qué?

CEP:/ Por alguna razón, desde que encontré en la arqueología un campo fecundo para hacer investigación, me interesó la historia de cómo se había hecho la arqueología. Por ello, a la lectura de datos sustantivos e interpretaciones de esos datos, se alternaba una lectura entre líneas que buscaba pistas para identificar la incidencia de determinados enfoques teóricos pero también de factores sociales en la producción del conocimiento arqueológico. En ese sentido, todo lo que he leído, particularmente de la arqueología en Colombia, me ha marcado. Pero debo reconocer que los trabajos de Carl Langebaek y Cristobal Gnecco resultaron a mediados de 1990 de particular interés para mí. Eran reflexivos y críticos y trataban de poner en el ámbito de lo explícito todo aquello que, la mayoría de las veces, quedaba oculto por el excesivo afán descriptivo que caracterizaba buena parte de la producción escrita de la arqueología en Colombia.

Finalmente, debo decir que no soy bueno recomendando lecturas. Prefiero recomendar temas. Así es que llamaría la atención de los lectores sobre la problemática del tiempo en arqueología, para lo cual sugiero una lectura combinada de *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* de Reinhart Koselleck y de *The Archaeology of Time* de Gavin Lucas.

2001. Disponible en: <http://www.mincultura.gov.co/?idcategoria=5307>.